

El Descubrimiento de la Civilización Protoíndica

P. H. Heras, S. J.

Director del Indian Research Institute de Bombay

EN EL NORTE de la Provincia de Sind, en el distrito de Larkana, del Pakistán Occidental, existían de antiguo unos montículos que evidentemente cubrían ruinas. Están a unas tres millas y media del actual curso del río Indo, y como el país es por lo general llano, al ocurrir inundaciones, que son frecuentes, (por lo general una por año), tales montículos se forman fácilmente por la acumulación de limo. Los vecinos de los pueblos comarcanos conocían aquellos montículos muy bien, porque cuando tenían necesidad de ladrillos para construir nuevas casas o ensanchar las ya existentes, no tenían necesidad de comprarlos al ladrillero; iban sencillamente

a aquellos montículos, escarbaban algo de tierra y al punto daban con magníficos ladrillos, formando paredes, que ellos utilizaban para construir sus viviendas. No tenían, pues, duda alguna de que allí había existido una población. Por esto llamaban a aquel lugar *Mohenjo-Daro*, que en su lengua Sindi quiere decir «Ciudad de los muertos», «Ciudad Muerta».

Pero éste no podía ser el nombre del lugar cuando sus habitantes estaban aún vivos. El autor de estas líneas, después de haber descifrado las inscripciones allí encontradas, ha identificado aquella ciudad con la ciudad de Nandur mencionada varias veces en las inscripciones. Nandur quiere de-

cir en Dravídico «La ciudad del Can-rejo». Posteriormente ha encontrado en uno de los antiguos *Puranas* de la India, el *Vayu Purana*, un pasaje que parece referirse a aquella población. Dice este *Purana* que existe un lugar muy sagrado llamado Sa-Nandur que está entre el mar y los *malai*. Nótese que los *Puranas* están escritos en Sánscrito, pero en este pasaje hay dos palabras claramente dravídicas: una es *malai*, que significa «montes». En la India cuando se habla de montes no hay otros montes que los Himalayas.

Aquel lugar sagrado, pues, estaba entre los Himalayas y el mar, que es precisamente la situación de los montículos identificados con Nandur. La otra palabra dravídica es Sa-Nandur, en la cual la segunda parte es evidentemente el nombre de la ciudad Nandur. ¿Cuál es el significado del afixo *sa*? En antiguo Dravídico la palabra *ka* significaba «muerte» o «muerto». En medio Dravídico la *k* inicial se convirtió en *s* y consiguientemente *ka* pasó a ser *sa*; hoy en Tamil esta palabra ya ha aumentado añadiendo un sufijo, y muerte se dice *savu*.

Así, pues, en el período en que se redactaron los *Puranas*, durante el Imperio Gupta, (desde el siglo IV al VI de la era cristiana) todavía existía en la India la memoria de haber existido allí un lugar famoso, probablemente con algún templo muy frecuentado, razón por la cual aquel lugar era considerado como sagrado, y gracias al carácter extraordinariamente conservador de la India, el mismo nombre de la ciudad perduraba todavía en la memoria de los Indios, Nandur, si bien añadieron a él el sufijo *sa* para denotar que aquella ciudad, como ciudad ya no existía, era una ciudad muerta *Sa-Nandur*. De suerte que la denominación

Mohenjo-Daro en la lengua moderna del Sind, no es cosa nueva. Ya en Dravídico de la época media (al principio de la era cristiana) aquel lugar había sido llamado «la Nandur muerta», denominación que repetían los escritores de obras Sánscritas, recibiendo de la tradición popular.

Y fué indudablemente por razón de la santidad tradicional de aquel lugar que los budhistas del siglo I de la era cristiana ya lo habían elegido para construir allí un monasterio. Porque no eran ellos sino monjes pertenecientes a la misma antigua religión del país. Claramente lo había dicho Gautama, el Buddha, que él no abría un nuevo camino, sino que seguía el camino trazado por los antiguos maestros, como leemos en el *Majjhima Nikaya*. Allí, pues, levantaron su cenobio los monjes budhistas del Siglo I bajo la protección de los Monarcas de la dinastía de los Kushanas, cuyas monedas se han hallado recientemente en las ruinas de aquel monasterio.

En el centro de aquel asceterio levantaron una *stupa* de grandes proporciones. Eran las *stupas* budhistas como pequeños montículos, o a veces torreones, de piedra o ladrillo que encerraban reliquias del Buddha o de un venerado monje de la antigüedad. En derredor de aquel relicario se elevaban las celdas del monasterio, y hacia el mismo relicario se dirigían las miradas de los monjes al tiempo de su meditación cotidiana, como punto de atracción de sus pensamientos para que no divagasen por los espacios ideales de su fantasía, sin realidad y sin sustancia.

Y fué precisamente al excavar las ruinas de este monasterio cuando la ciudad que existía por debajo vió nue-

vamente la luz del día con universal sorpresa. Durante el invierno de 1922 a 1923, casualmente cuando el que esto escribe arribaba a las playas de la India, el Superintendente de Arqueología de la entonces Presidencia de Bombay, Mr. Rakal Das Banerji, estaba excavando las ruinas de aquel monasterio; antes de terminar el invierno practicó unas zanjas de exploración algo más profundas y con gran asombro descubrió allí reliquias de una civilización antiquísima desconocida hasta entonces. Pronto el nuevo hallazgo pudo compararse con los hallazgos accidentalmente descubiertos en el distrito de Montgomery en el Panjab, al construir la línea férrea. Aquel lugar se llama Harappa; y los eruditos no dudaron un punto de su íntima y mutua relación. La civilización de Harappa era la misma de Mohenjo-Daro.

La grande importancia de este descubrimiento hizo que el Gobierno de la India tomase a pecho las excavaciones de estos dos lugares, que continuaron por muchos años regularmente cada invierno. Como resultado de estas excavaciones tres grandes descripciones oficiales de las excavaciones han sido publicadas: primeramente una en tres volúmenes intitulada *Mohenjo Daro and the Indus Civilization* por Sir John Marshall, en 1931; luego otra en dos volúmenes con el título *Further Excavations at Mohenjo Daro* por Mr. Ernest J. H. Mackay, en 1938; y la tercera, también en dos volúmenes que llevan el título *Excavations at Harappa*, por el Pandit M. S. Vats, en 1940.

Entretanto otro miembro del Departamento de Arqueología del Gobierno de la India, Mr. N. C. Majumdar se dedicaba a explorar toda la Pro-

vincia del Sind, en busca de nuevos lugares pertenecientes a la misma civilización, y pronto publicó una memoria intitulada *Exploration in Sind* (1934), que da el resultado de su trabajo. Existen en Sind numerosos sitios en que floreció la misma civilización de Mohenjo Daro y Harappa, siendo los dos más prominentes Amri y Chañhu Daro.

Majumdar debía morir víctima de sus aficiones arqueológicas. Cuando dos años más adelante, estaba continuando sus exploraciones en la misma provincia del Sind, unos bandidos sospechando que el diligente arqueólogo andaba en busca de tesoros, una mañana diéronle alevosa muerte. Los tesoros que encontraron dentro de su tienda fueron unos cuantos cacharros rotos y fragmentos de piedra labrada.

Con todo, el trabajo del malogrado arqueólogo Bengalés dió pronto fruto abundante. La Escuela de Estudios Indicos e Iranios y el Museo de Bellas Artes de Boston en los Estados Unidos, interesados en los orígenes de la civilización de la India, enviaron, a raíz de aquella exploración, una expedición presidida por Mr. Ernesto J. H. Mackay que excavó durante un invierno las ruinas de Chañhu Daro, en el distrito de Navab Shah. Este era el primer lugar de esta civilización excavado al este del río Indo. La relación de estas excavaciones apareció poco después en un volumen intitulado *Chañhu Daro Excavations*, por Mr. Ernest J. H. Mackay, publicado en New Haven, Conn., en 1943.

Esta es la civilización de los primitivos Tiramilar (1), a quienes llama-

(1) Véase mi artículo anterior «La India y los Indios» publicado en el número de Julio, 1948, de esta Revista, p. 398-402.

mos hoy Proto-Indios. Algunos, movidos por inveterados prejuicios de que nada grande puede existir en la antigüedad que no sea Indo-Europeo o Aryo, todavía suponen que la civilización de estas ciudades del Valle del Indo es Arya. Pocos son y poco vale su trasnochada opinión. Menos aún aquellos que juzgan Mohenjo Daro y las demás ciudades como colonias de un pueblo extranjero establecidas junto al río Indo, con propósitos comerciales. La mayoría de los autores consideran aquellas ciudades como fruto de la civilización Dravídica. Así opina Sir John Marshall, el Profesor Radha Kumud Mookerji, el erudito filósofo Suniti Kumar Chatterji, y sobre todo Mr. Rakal Das Banerji, el verdadero descubridor de esta civilización, uno de los más grandes sabios de la India Moderna, y reconocido universalmente como eminente historiador.

El autor de estas líneas hace ya tiempo que ha declarado varias veces, de palabra y por escrito, que aunque los lugares descubiertos hasta el presente están todos en el valle del Indo, ciudades de esta antigua civilización se descubrirán en toda la India, porque la antigua nación Dravídica se esparció muy pronto por todo este vasto continente. Mi *profecía* resultó verdadera muy poco después. Hace cuatro años que Sir Aurel Stein, famoso explorador asiático, al explorar unos montículos de ruinas a lo largo del lecho abandonado del río Sarasvati, en el estado de Bahawalpur, en el Panjab meridional, encontró fragmentos de vasijas que ostentaban signos de la misma escritura descubierta en las ciudades del Valle del Indo.

Pero de esta escritura] hablaremos en otro artículo.

